

La Enseñanza.



REDACCION.

Señorita Angela Lozano.
Manuel Orozco y Berra.
Hilarion Frias y Soto.
Manuel Peredo.

REVISTA AMERICANA DE INSTRUCCION Y RECREO.

EDITOR PROPIETARIO, N. CH.

EL ALBUM DE LOS NIÑOS.

AÑO III. }

MÉXICO, MARZO 1º DE 1873.

{ NUM. 31.

CARTAS A LOLA.

CARTA IX.

Te recomendé en mi anterior la caridad para con el prójimo, procurando hacerte ver la belleza de esa virtud; mas, te recomendé una caridad que podemos llamar *activa*; ahora tengo que decirte que puede tambien ser la caridad una virtud *pasiva*; es decir, que si por la otra debemos entender *hacer el bien*, por esta debe entenderse *no hacer el mal*. Ya ves que es aun mas fácil que la otra, pues siempre es mas sencillo no hacer una cosa, que hacer otra.

Lo primero que tu caridad debe tener, es tolerancia. Ya te he hablado de ella al darte algunos consejos sobre la amistad. Sé tolerante con los ajenos defectos, mi querida niña; sé tolerante con los demás y lo serán contigo; porque tú tambien lo necesitas, pues á menos que te ciegue un escetivo amor propio, por poco que reflexiones, verás que tienes defectos. No critiques, pues, nunca los ajenos; hoy eres una niña, mañana serás una mujer, y entonces conservarás indelebles los defectos ó las virtudes que hayas adquirido en tu niñez; y entonces, si no eres indulgente y dulce, como deben ser las mujeres, sino una mujer que no ha de abrir su bo-

ca mas que para la mordacidad, verás con dolor que los mismos que celebran tus críticas, te desprecian y procuran huir de tí. No, hija mia, no critiques nunca; jamás hay pretexto plausible ni mucho menos causa justa para hacerlo.

Supongamos que se critica un defecto corporal; por ejemplo, á un ciego: ¿crees, Lola, que si aquella persona hubiera podido hacer su gusto, se habria dejado cegar? ¿crees que se hubiera privado voluntariamente de la multitud de goces que nos proporciona el órgano de la vista? ¿hubiera cerrado voluntariamente sus ojos á la luz vivificante del sol, á la luz argentada de la luna, á los campos y á los bosques revestidos de fresco verdor? ¡Oh! no, imposible que si en su mano hubiera estado habria dejado de conservar su vista. Por otro lado, ¿es un crimen ser ciego? No; antes bien, puede ser que su ceguera tenga una causa honrosa. Acaso en una batalla, acaso con el exceso del trabajo perdió su vista. Ya ves que ese no es motivo de zaherirle. Sé, pues, indulgente, porque, vuelvo á repetirte, que todos debemos serlo, pero con especialidad la mujer.

Si oyes que otros critican, guarda un prudente silencio, ya que no puedas hacer otra cosa.

Si se critica un defecto moral, un defecto del alma, todavía tienes un motivo mas para no hacerlo

tú, porque al fin, tú ni eres coja, ni ciega, ni cosa que lo valga; pero al tratarse de defectos morales, ¿no podrá ser que criticando los ajenos, critiques los tuyos propios? ¿no tienes una multitud de imperfecciones? Sé, pues, indulgente, muy indulgente. Ya que no puedes hablar en favor de tu prójimo porque tu edad no te autoriza para ello, calla por lo menos, y así no tomarás por la murmuracion el necio y perjudicial gusto que llegan á tomar algunas gentes, hasta el punto de no poder luego abrir su boca sino para murmurar.

Febrero 15 de 1873.

MAGDALENA.

LA CONFORMIDAD CON LA SUERTE.

Hay niños que no están contentos con la suerte que les ha cabido: tales eran Alicia y Cornelia. Era la primera hija de padres pobres que vivian del trabajo de los campos, mientras que la segunda era hija de un rico hacendado, que poseia muchas tierras cerca de la humilde casa de los padres de Alicia.

Cornelia, de resultas de una enfermedad, habia quedado baldada, y hacia mucho tiempo que no podia caminar.

Un sábado por la tarde, despues de acabada la escuela, la madre de Alicia la dió permiso para ir á

coger flores por los campos; y ella, tomando una cesta, salió gozosa con ánimo de pasear y recorrer todo el valle y todo el bosque. Aquí se paraba á la orilla de un río para escuchar los trinos de algun pajarillo: allá corría á arrancar una flor para llenar su cesta: cerca, se detenía á recoger tal cual objeto que atraía su atención, y lejos, daba caza á una ligera mariposa que huía burlando sus esfuerzos.

Saliendo al camino real, despues de haber recorrido todo el valle, vió un elegante carruaje en que iba una niña de casi su misma edad. Guiaba los caballos ricamente enjaezados, un cochero vestido de lujosa librea. Cuando á la niña se le antojaba una flor ú otro cualquier objeto, el cochero detenía inmediatamente los caballos, y el lacayo, que ocupaba la zaga del coche, corría presuroso á satisfacer el capricho de la señorita.

Alicia, que observaba todo esto, se sintió el corazón oprimido de tristeza, y prosiguiendo su camino apesarada, entró caritriste y abatida en la humilde casa de su madre.

¿Que tienes, hija mia? la dijo esta cuando la vió entrar y tirar á un lado el cesto con las flores. ¿Acaso no te has divertido en tu paseo?

No, mamá, dijo Alicia. Cuando mas gozosa estaba, me encontré con la señorita Cornelia que iba en su carruaje, y viéndole tan feliz, con un lacayo y cochero que la obedecian en todo, mientras que yo, pobre de mí, iba á pié y tan solita, comprendí que era yo una muy desdichada niña..... Nunca volveré á pasear por aquel sitio.

La semana siguiente, la madre de Alicia la llevó á hacer una visita á la de Cornelia. Despues de los primeros momentos de la conversacion, preguntó á la madre de Cornelia qué tal le habia ido á su hija en el paseo del sábado pasado.

—Parece que no se divirtió mucho, dijo la señora, y fué, segun me dijo, por haberse encontrado con una niñita de su misma edad que con una cesta corría por los campos adonde quiera que le llevaba su antojo, mientras ella, metida en el carruaje, no podia tener semejantes goces. Cuando llegó á casa, y el criado la puso en el sofá, se echó á llorar amargamente, asegurando que nunca volveria á pasear por aquel sitio.

¡Cuántas veces envidiamos la felicidad de otro, cuya triste suerte, si fuese conocida, seria mas de compadecerse que de envidiarse!

MANUAL DE URBANIDAD Y BUENAS MANERAS.

CAPITULO III.

DEL MODO DE CONDUCIRNOS DENTRO DE LA CASA.

ARTICULO V.

Del arreglo interior de la casa.

(Continúa.)

XI

En la obra grandiosa de la creacion y en la misma historia, han encontrado en todos tiempos las artes una fuente inagotable de las mas sublimes imágenes, sin necesidad de ofender la honestidad y la decencia; y es por lo tanto imperdonable que para el adorno de las habitaciones, se elijan aquellas cuya vista ha de obrar necesariamente en daño de la inocencia y de las buenas costumbres.

XII

Aunque segun hemos visto, el acto de escupir no está admitido entre la gente bien educada, es siempre necesario que en una casa haya escupideras, sobre todo en las piezas de recibo; pues un accidente cualquiera puede poner á una persona en la necesidad imprescindible de escupir, y si no encontrase como hacerlo sin manchar el suelo, es claro que se veria en un fuerte y desagradable embarazo.

XIII

En la parte exterior de la puerta de toda pieza de recibo debe ecsistir siempre un ruedo, para que las

personas que entren limpien la suela del calzado; y aun es conveniente tener además en el corredor principal un instrumento, que generalmente se construye de hierro, en que quitar antes al calzado el lodo que pudiera ensuciar demasiado el mismo ruedo.

XIV

En las casas muy concurridas debe haber en el corredor principal un mueble aparente para colocar sombreros, capas, sobretodos y bastones; á fin de que los que entran no se vean en la necesidad de introducir estos objetos en las piezas de recibo, donde serian embarazos y ofenderian el despejo y lucimiento de las mesas y asientos.

XV

Desde que se aproxima la noche, debe iluminarse todo el edificio, empezándose por el corredor principal, el cual no deberá jamás estar á oscuras, aun cuando lo esté la sala por encontrarse ausentes ó no estar de recibo los dueños de la casa.

XVI

Los muebles y demás objetos que se encuentren en nuestro aposento, deben estar siempre ordenados y dispuestos de manera que hagan una vista agradable: nuestra cama, constantemente vestida y arreglada: nuestra ropa guardada, y la que no pueda estarlo, acomodada en la mejor forma posible; y los enseres que sirvan á nuestro aseo y deban estar

visibles, colocados en aquellos lugares en que puedan ser menos notados por las personas que hayan de penetrar hasta nuestro dormitorio.

[Continuará.]

EL LEON Y LA LIEBRE.

(FABULA.)

Cierto leon solia

Por su bondad de génio

Tener con una liebre

Sus ratos de recreo.

¿Es verdad (preguntóle

La liebre en uno de ellos)

Que un miserable gallo,

Si empieza el cacareo,

Os hace á los leones

Tímidos ir huyendo?

—No tienes que dudarlo

(Dijo el leon sincero):

Lo mismo al elefante

Le pasa con el cerdo,

Que si oye su gruñido,

Se asusta sin remedio.

Los grandes animales

(Preciso es conocerlo)

Una flaqueza de estas

Por lo comun tenemos.

—¿Sí? (replicó la liebre.)

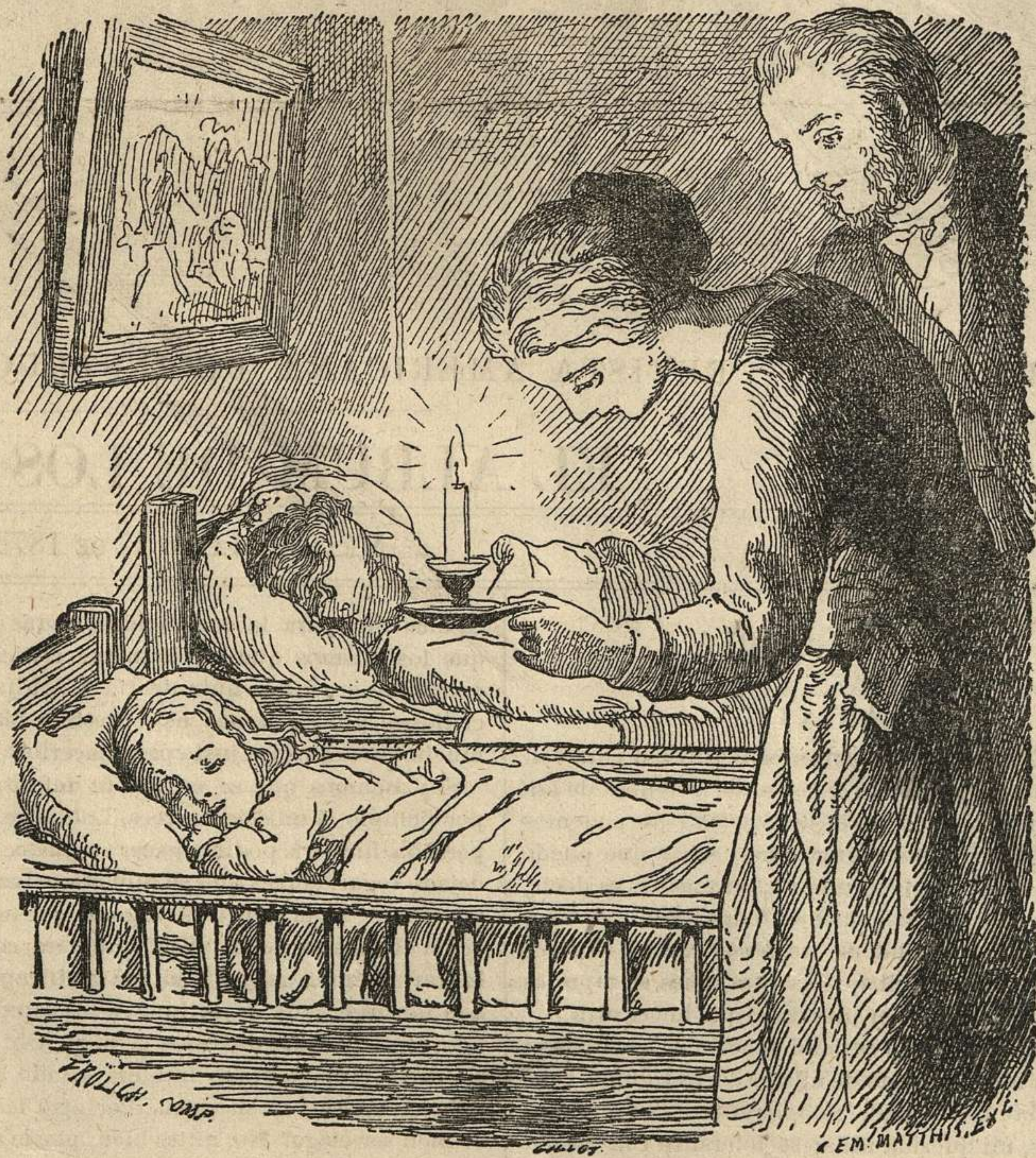
Vamos, pues ya comprendo

Por qué tememos tanto

Nosotras á los perros.

VIAJE Y DESCUBRIMIENTOS DE LA SEÑORITA ELENA, Y DE SU PRIMO EL CABALLERO FERNANDO.

(CONCLUSION.)



XLVII

Ya tomó cada cual una buena taza de caldo sustancioso, con su copita de Jerez seco, tras lo cual, y haber rezado su oracion cotidiana, cayeron ambos niños como piedra en pozo. Ahí les tienen ustedes en sus blandas camitas, velados por el inefable cariño de sus padres. Duermen, pero el sueño de esta noche no ha de ser tan apacible como de costum-

bre; sobradas emociones experimentaron durante todo aquel memorable dia, para que su sistema nervioso se reponga tan pronto de la escitacion consiguiente. Pero aun falta el rabo por desollar: ¿habrá, ó no habrá reprimenda? Mañana amanecerá Dios, y lo sabremos.



XLVIII

¡Como me lo temí! ¡reprimenda tenemos! Lo peor del caso es, que el papá y la mamá me la han encomendado, porque creen que así será mas eficaz; y no como quiera, sino en público. Conforme á sus instrucciones, han de comparecer ante los lectores del *Album* los tres viajeros, á saber: Fernando, Elena, y el *Sancho*, tal cual estaban en el momento de emprender el dichoso viaje. Dispuestos ya todos, ellos á recibir la filípica, yo á pronunciarla, y ustedes á oirla, ¡atencion!

Caballero Fernando: grave, gravísima ha sido la falta de usted, y digna de reprension por varios motivos. En primer lugar, ha espuesto usted su persona y la de esa niña, á positivos riesgos; pues si bien es verdad que no se alejaron de casa sino un cuarto de legua á todo tirar, ¿quién asegura que no pudieron haberse encontrado con mala gente (que nunca falta), la cual, viéndoles solos y en paraje poco frecuentado, les hubiese hecho víctimas de robo, y aun (¡Dios nos ampare!) de plagio. Y ya que no estas desgracias, pudieron muy bien haberles sobrevenido otras, una caida en el agua, un desbarrancamiento, ó alguna enfermedad consiguiente á la insolacion, á la fatiga y á la falta de alimento, cosas todas á que ni uno ni otro están acostumbrados. Además, ¿parece á usted bien, caballero, la zozobra en que tuvo todo el dia á sus buenos padres, inquietos por su ausencia? Usted, señorita Elena, es hasta cierto punto menos culpable: el dominio que la edad y el sexo de su primo ejercieron sobre usted, le aligera el cargo; sin embargo, por lo mismo que es usted niña, debe tener mas arraigado el hábito de recogimiento y de obediencia, y con eso ya tenia fuerza suficiente para resistir á las sugerencias del primito. En cuanto al *Sancho*, nada tengo que decirle, pues me consta que emprendió el dichoso viaje contra su voluntad, y la prueba es, que cuantas veces le dejó su ama en el suelo, ni siquiera intentó dar un paso hácia adelante. Pero en fin, gracias á Dios en primer lugar, y al olfato de

Gontran en segundo, la cosa no llegó á formalizarse, y están ustedes suficientemente castigados: desde luego, con los sustos y molestias que pasaron; y en seguida, con el ridículo en que han quedado, especialmente el caballero jefe de la expedicion, para con los lectores del *Album*, y mayormente con los que á la hora de esta ya se ganaron su primer premio de Geografía. Ahora lo que importa es, sacar provecho del lance para lo venidero: no hay que dar un solo paso, ni que tomar la mas pequeña determinacion, mientras sean ustedes chiquillos, sin conocimiento y permiso de sus padres, ó de quienes hagan veces de tales. Pronto vendrá el dia (¡demasiado pronto!) en que uno y otro salgan de la infancia; usted, caballero, no emprenda nada, ni hable de nada, sin saber lo que trae entre manos; porque de lo contrario soltará usted cada desatino que tiemble el mundo, y se reirán de usted entonces, como se han reido ahora de su disparatado viaje al Chimborazo y al Nilo, y como se rien de tantos que se meten á juzgar magistralmente de lo que no entienden. Usted, señorita, se ha de ver acometida de sugerencias mucho mas peligrosas y lamentables que la del primo; no olvide usted entonces, que la virtud, el recato y la sumision á los consejos de sus padres, son armaduras con las cuales no hay flaqueza posible, ni contrario formidable. Ea! ya se acabó; pidan ustedes humildemente perdon de su desobediencia á esos buenos señores que tan amargo dia han pasado; y desde mañana, á estudiar para hacerse dignos del cariño y de la estimacion de cuantos les conozcan. ¿Le gustan á usted los viajes, amiguito? pues instruirse primero en la Geografía y en los demás ramos indispensables, que para eso que no faltan periódicos como *La Enseñanza*, ni libros muy bien escritos, así por mexicanos como por extranjeros. ¡Dios me dé vida para leer la relacion que otros mas capaces hagan, de los viajes que usted emprenda con el tiempo, y que sean verdaderamente interesantes y útiles á la humanidad!

CUENTOS DE MI ABUELO.

LOS ZAPATOS VERDES.

Al formarnos la naturaleza pone entre nosotros una notable variedad y desemejanza. No son mas parecidas nuestras facciones que nuestros géneos, y se ven con frecuencia los mas palpables contrastes entre dos criaturas formadas de la misma sangre, alimentadas de la misma leche, é instruidas por el mismo maestro.

M. de Fontannes, coronel de artillería, habia ido á restablecer su salud en una hacienda situada á orillas del Marne. Se ocupaba con todo esmero en la educacion de sus dos hijas, Adelia y Estefanía: la mayor, rubia, y de una dulzura angélica, tenia su principal complacencia en dar cuanto poseia, y socorrer á todos los necesitados que se presentaban á su vista. Al revés Estefanía, de una talla mas elevada, morena, de ojos hundidos, poca frente, y poblada de negros y encrespados cabellos, era de un egoísmo irritante, no daba nada jamás, recelando siempre que le faltaria lo necesario, y respondiendo únicamente con una amarga sonrisa á los desvalidos que reclamaban su amparo.

Era por el mes de Mayo. La moda habia plagado á Paris de zapatos verdes en aquella primavera. Madama de Fontannes, que con frecuencia reunia las mas lucidas concurrencias en su casa de campo, habia mandado hacer zapatos de tafete verde para ambas hijas suyas. Era la primera vez que estas doncellas llevaban calzado de esta especie; y semejante color, proporcionado al nuevo verdor que esmaltaba todas las campiñas, era causa de que ambas hermanas hallasen estos zapatos los mejores y mas lucidos que hubiesen llevado en su vida.

Era un domingo; M. y madama de Fontannes volvian de la iglesia en un coche abierto, con sus dos hijas. Al atravesar por la aldea, alcanzó á ver Adelia á una muchacha lugareña de su edad, con corta diferencia, que aprovechándose de un momento que estaba parado el coche, se adelantaba descalza, é invocaba algun socorro para su anciano padre, antiguo barquero, enfermo mucho tiempo habia, é inhabilitado para trabajar. «Todas ellas dicen lo mismo, prorrumpió Estefanía; apostaria que no hay una palabra de verdad en cuanto acaba de decirnos. — ¡Yo mentir! linda señorita mia, repuso Francisca (era el nombre de la mozoela aldeana): no tiene vd. mas que informarse de todos los vecinos del lugar, quienes á una voz le atestiguarán que el necesitado Gerónimo no tiene mas amparo que su hija, y que debe la vida á las limosnas que para él, sin correrme de ello, voy á pedir en todos estos contornos. — ¡Y bien! ¿por qué no has venido al palacio de Fontannes? le dijo Adelia con el acento de la mas cordial piedad. — ¡Oh mi buena señorita! cuando á una la reciben con sequedad, no se atreve ya á esponerse otra vez al mismo bochorno. — ¿Quién te ha hecho mala acogida en mi casa? respondió de pronto M. de Fontannes.» Francisca quiso ocultar el nombre de la persona de quien tantas quejas tenia; pero el repentino encendimiento de la cara de Estefanía indicó la culpable. «Ten, dijo M. de Fontannes á esta última, entrega este luis á esa pobrecilla infeliz; y asegúrale de todas veras que tú misma le darás todos los domingos una igual cantidad, hasta que se vea restablecido su anciano padre. — Y yo, dijo al punto Adelia, con la mira de cortar una conversacion que causaba confusion á su hermana, no quiero que esta moza vaya descalza á buscar socorros para su padre, y tomo á mi cargo el calzarla.» Inmediatamente desató los cordones de sus pulidos zapatos verdes, y se los dió á Francisca. Púsosele esta al punto, prometiéndose ir ciertamente al siguiente dia á dar gracias á la hermosa señorita, que desapareció luego con toda su familia, y dejó la mas tierna memoria en el corazon de la aldeana.

Habiendo llegado Adelia al palacio, se puso un calzado mas usado y menos de moda, pero que le pareció sumamente hechicero á causa del destino que habia dado al otro. En la comida, que fué espléndida, y se reunian una infinidad de convidados, alabó

irónicamente Estefanía la generosidad de su hermana, y pintó con un profundo sentimiento á la jóven lugareña, calzada con famosos zapatos verdes y cubierta de los andrajos de la miseria. «¿Y qué hace eso? respondió Adelia; sus pobres piés no se lastimarán ya en las piedras; con eso estoy contenta.» Estefanía iba á continuar en sus burlas: pero la interrumpió de repente una airada ojeada de su padre, que contó el lance á todos los concurrentes. Todos se quedaron horrorizados de Estefanía, y dieron los mas halagüenos parabienes á la caritativa Adelia, á la que indujeron para hacer una colecta en favor de su infeliz favorecida.

Esta interesante moza, por su parte, habia ido á noticiar á Gerónimo lo que acababa de pasar; y enseñándole el luis que M. de Fontannes le habia dado, exclamó: «¡Oh padre mio! ya no carecerá vd. de nada; espero verle pronto con salud, y en estado de dirigir la barca del lugar.....» Señalando en seguida sus bonitos zapatos verdes, que le apretaban algo, añadió: «Me los ha dado aquel ángel de bondad. ¡Descalzarse por mí! ¡oh qué bonita cara! la tengo siempre á mi vista.—¡Quiera Dios, dijo sucesivamente el viejo, que no me muera antes de ir á ver y dar gracias á mi querida bienhechora!... Al punto fué Francisca al lugar para comprar cuanto era necesario en la cura de su padre, haciendo que todos reparasen en sus pulidos zapatos verdes, y contándoles su afortunado lance. Al siguiente dia fué al palacio de Fontannes; le entregó Adelia la colecta, que ascendia á una fuerte cantidad, y agregó á ello todos aquellos pares de zapatos de que no necesitaba por el pronto. Conduciendo M. de Fontannes mismo á Francisca ante la presencia de Estefanía, le dijo: «En efecto, los zapatos verdes de tu hermana, como reparaste muy bien ayer, caen mal con estos vestidos andrajosos; ¿no discurre que podría haber un medio para poner mas uniformidad en el traje de este precioso dechado de la piedad filial?...» Estefanía, que comprendió perfectamente á su padre, no pudo menos de hacer á Francisca una dádiva, que consistia en algunos guardapiés rotos, y varias medias muy usadas, que la lugareña no recibió sino por obedecer, formándose la intencion de no vestirse mas que con los dones de su verdadera bienhechora. Al salir del palacio se quitó los zapatos verdes que puso en su delantal, á fin de conservarlos lo mas que fuese posible, y en vez de estos se calzó otros buenos de cordoban que se hallaban en el acopio de calzado que Adelia la habia obligado á aceptar.

Tanta felicidad y tan repetidas caridades acabaron de reponer bien pronto la salud del anciano Gerónimo, quien hallándose de allí algun tiempo al paso de la familia de Fontannes, se presentó con su hija, dió mil gracias y deseó muchas bendiciones á toda ella. Sus miradas se dirigian mas particularmente hácia Adelia, cuya mano no pudo él menos de tomar, y besar con toda la ternura de la gratitud. Hizo á esta honrosa familia el convite de venir á visitar un dia su choza. M. de Fontannes vino en la solicitud del viejo; y de allí á poco tiempo tuvo el buen Gerónimo la honra y gusto de recibir en su humilde albergue al hombre bienhechor á quien era deudor de la vida. Era indecible el júbilo de Francisca; aseada con todas las dádivas de Adelia, y de sus zapatos verdes mas particularmente, habia dispuesto á orillas del rio una cabaña formada de flores y ramos; habia colocado asientos cubiertos de musgo, y al rededor de una mesa de piedra, en la que se hallaban reunidas las mejores frutas de la estacion, una copiosa fritada de los mas deliciosos pescados del Marne, tiernos bollos y sabrosos laticinios. Doce mozas jóvenes de la aldea, vestidas de blanco, y amigas de Francisca, la ayudaron á desempeñar los cumplidos de este banquete rústico, durante el cual llevaban todas hácia Adelia las mas espresivas miradas, y la asistian con igual esmero y cariño. Estefanía, por el contrario, no recibia mas que aquellos forzados agasajos, que le daban á conocer que solo se respetaba en ella su nombre, y que no tenia derecho alguno á la gratitud de esos buenos aldeanos. Despues de la comida hizo una señal Francisca, y al punto se presentó en el rio un barquichuelo adornado de flo-

res. Propuso á la familia de Fontannes un paseo sobre el rio, lo que aceptó con gusto. Al punto el viejo Gerónimo, que habia recobrado todo su vigor, se puso á remar con Francisca, y condujo á sus respetables huéspedes á una primorosa isla que se hallaba á poca distancia de la orilla. Se habian reunido en ella todos los mozos de las inmediaciones, y formaron con las mozas que habian pasado allá tambien en otros barcos, un baile, cuya cándida y viva alegría movió luego á Adelia y Estefanía para mezclarse con aquellas buenas gentes; y esta funcion rústica duró hasta la caída del dia.

En el momento que cada uno volvia á tomar asiento en los barquichuelos, Estefanía, tan atolondrada como imprudente, quiso maniobrar sucesivamente, y tomó un remo; pero el movimiento que hizo hácia atrás la llevó al agua. Dando un agudo grito Adelia, quiere detenerla, y luego se ve arrastrada ella misma por la corriente con su hermana. Arrojóse M. de Fontannes para socorrer á una de sus hijas que se presentó la primera á su vista; pero no puede alcanzarla. El anciano Gerónimo se arroja por su parte clamando: «¡Oh mi querida bienhechora!.....» Vuelve luego á la orilla trayendo en los brazos á Adelia, que recobró el sentido, y fué volando á socorrer á su desmayada madre. Durante este tiempo varios aldeanos salvaron á M. de Fontannes, sacaron y depusieron por último en la choza de Gerónimo á Estefanía que habia quedado tanto tiempo en el agua, que se receleba con fundamento hubiese perdido la vida. Permaneció sin movimiento por espacio de media hora; pero la naturaleza, auxiliada de todos los socorros del arte, triunfó de tan terrible conflicto: volvió en sí Estefanía, y de nuevo vieron la luz sus ojos.... «Disimule vd., señorita, le dijo Gerónimo con su natural franqueza, si desde luego no hemos pensado mas que en socorrer á su hermana, á la que debo mi vida; y ha sido justo que me emplee en salvarle la suya.» Estas palabras, proféridas con el acento de la verdad y gratitud, hicieron la mas viva impresion en el ánimo de Estefanía: cayó entonces, en que el egoísmo nos enajena todas las voluntades, y que no tenemos derecho para exigir de los otros mas de lo que por ellos hacemos.

En esto se apresuraron á mudar de vestido á las doncellas, por estar muy mojado el que traian. Yendo de una á otra Francisca, las asistia con el mayor esmero y ofrecia cuanto era de posesion suya. Adelia, que habia colmado á esta moza con dádivas de toda especie, recibió con indecible gusto los vestidos de que necesitaba, y celebró mas que nunca el hallarse de nuevo en aquella coyuntura con sus propias ropas. En cuanto á Estefanía, que era mucho mayor que Adelia, le fué preciso contentarse con un vestido de esta última; y Francisca, al ayudarla á vestirse tan bien como mal, le decia con ingenuidad: «Perdone vd., señorita, si no tengo otra cosa que vaya mejor á su talle: y si hubiera recibido de vd. un solo guardapiés bueno, lo volveria á hallar ahora.....» Confusa Estefanía con esta penosa verdad, hizo ciertamente firme propósito de no esponerse á semejantes reconvenções, y gozar sucesivamente de la beneficencia.

Finalmente, la familia de Fontannes volvió á tomar su coche. Cuando Adelia iba á tomar en él su asiento, le besó las manos Francisca, y señalándole los zapatos verdes, con que ella habia cuidado tanto de calzar á la doncella, le dijo por repetidas veces: «¡Me los devolverá vd. á lo menos! no eche vd. en olvido que á ellos soy deudora de toda mi dicha, y de la cura de mi padre.

Cuentan que habiéndose divulgado esta anécdota en Paris, se apresuraron todas las damas á calzarse con zapatos verdes, que desde aquella época se llamaron *zapatos á la Francisca*.

AFORISMOS ANTIGUOS Y MODERNOS SOBRE LA EDUCACION.

Desde su mas tierna edad, se enseñaba á los niños persas el amor á la justicia.

Así, mientras que los niños de Grecia aprendian en las escuelas las artes liberales, los niños persas concurrían á sus escuelas para aprender el conocimiento de la justicia.

Para llenar este objeto lo mas pronto posible, no se juzgaba suficiente el acostumbrar sus oídos solo á la enseñanza de la justicia, sino que se les enseñaba á dar opiniones justas sobre todas las materias que se ofrecian entre ellos, y á fijar á cada error su castigo.

De esta manera, los maestros, como instructores de justicia, pasaban una gran parte del dia oyendo las opiniones de los niños.—JENOFONTE.

LA MARIPOSA Y LA EFÍMERA.

(FABULA.)

LA MARIPOSA.—Insectillo

Singular,
¿Quién te puso
Donde estás?

LA EFÍMERA.—Ha corrido

La mitad
De mi vida
Natural,
Y he morado
Siempre en paz
Esta mata
De arrayan.

LA MARIPOSA.—Yo el cercano

Manantial
Acostumbro
Visitar,
Y te juro
Que jamás
Vi tu rostro
Ni tu faz.
Tú no estabas,
En verdad,
Ha tres horas
Por acá.

LA EFÍMERA.—Bien lo puedes

Afirmar:
Yo no tengo
Tanta edad.

LA MARIPOSA.—¿Cuánta vida

Dios os dá,
Por el órden
Regular?

LA EFÍMERA.—Muchas horas:

Seis quizá.

LA MARIPOSA.—¡Espantosa

Brevedad!

LA EFÍMERA.—¿Hay especie

De animal
Cuya vida
Dure mas?

LA MARIPOSA.—Infinitos

De los que hay,
Miles de horas
Ven pasar.

LA EFÍMERA.—¡Oh qué inmensa

Cantidad!
¿Luego nunca
Morirán?

LA MARIPOSA.—Todos tienen

Que acabar:
Ley es esta
General.

LA EFÍMERA.—Si su vida

Cesará,
No la debo
Codiciar.
Larga ó corta,
Se hace igual
En el punto
De espirar.

EL MOSQUITO Y EL BUEY.

(FABULA.)

Sobre el cuerno de un buey iba posado
Un mosquito muy ruin, pero muy tieso,
Y le dijo: «te veo algo cansado:

¿Es que yo te fatigo con mi peso?»—

El buey le contestó: «¡bicho menguado!

Solo á tí te ocurriera decir eso:

¿Piensas que ni siquiera te he sentido?

«Cuanto mas ruin el ruin, mas presumido.»